



hasta que el rey profeta David los hizo rodear con la muralla y construir al lado una morada para él: tanto le agradaron por su vista aquellas frutas.

Habiendo cogido una vez tres de ellas, cortó una en dos pedazos, y no encontró dentro más que tierra; en el otro vió escrito *Chashecab*, es decir, *acéptalo con amor*, y en el tercero la pasión de Jesucristo, que aquel rey predijo en sus salmos.

En las vicisitudes sucesivas, destruida enteramente Jerusalén, quedaron el palacio de David y los tres árboles á una milla de distancia de la ciudad, hasta que Antipatro (Aristóbulo), padre del rey Heródes I, los hizo derribar el año 3930 para desocupar aquel espacio, destinado al suplicio de los malhechores, y que se llamó Gólgota; y entónces fueron llevados aquellos árboles á la ciudad de Jerusalén á un gran recinto, en donde yo me senté muchas veces y jugué con mis compañeros, y son los mismos con que se hizo la cruz de Jesucristo.»

Asawero prosigue refiriendo que á la edad de nueve años oyó á su padre contar que habían llegado tres reyes, los cuales preguntaban por un rey recién nacido para adorarlo, por lo cual él fué detras de ellos, y los alcanzó cuando entraban en Belén. Aquí refirió Asawero la vida infantil de Cristo y la fuga á Egipto, tomada en parte del Evangelio, y en parte acaso de los apócrifos.

Habiendo partido la sagrada familia para el Egipto, y volviéndose María á cada momento para mirar, descubrió que iban tras de ella soldados, y se asustó de tal manera, que se hubiera caído del asno si no la hubiese sostenido José. Vieron una gran encina donde se fueron á esconder, y en el momento se inclinaron los árboles para encubrirlos; pasaron los soldados sin verlos, y poco despues se volvieron á levantar las ramas, y prosiguió su camino la sagrada familia.

«Á la mañana siguiente llegaron al desierto, y habiendo caminado mucho, fueron sobrecogidos de nuevo terror viendo salir de una cueva dos asesinos, que se apoderaron de José y de María con el niño, y habiéndolos llevado á su caverna, les pidieron lo que poseían. Ma-

ría se turbó enteramente; pero el niño miró á los ladrones con tal sonrisa y conmovió tanto su corazón, que al momento desataron á José y trajeron pañales para Jesús y alimentos para sus padres.

«La mujer de uno de aquellos ladrones tenía un niño hidrópico, y despues de haber tomado, lavado y mudado á Jesús, hizo otro tanto con el suyo, que en el acto se vió curado. Admiráronse bastante los ladrones, y José y María fueron bien servidos; se les dió para descansar la mejor habitación; se les encaminó bien á la mañana siguiente, y aquel ladrón aseguró su buen viaje y dijo á Jesús: «Señor, yo creo firmemente que sois más que hombre, porque no tuve corazón para mataros, y sois los primeros que salís vivos de mi casa; por eso, Señor, acordaos de mí y de mi vida miserable.» Y dejólos llorando. Este, segun dijo despues la Virgen, era el mismo ladrón que fué crucificado con Jesús.

«Prosiguiendo el viaje, salió la sagrada familia del desierto hácia el medio día, y bajó María del asno para descansar, y fatigada se colocó á la sombra de una palmera, mientras José buscaba un poco de hierba para la bestia. Mirando María hácia arriba, vió que los dátiles estaban maduros, y pareciéndole muy hermosos entró en deseos de comerlos; pero no podía alcanzarlos por estar demasiado elevados, mas de pronto se inclinó una rama hasta su seno, y cogió cuantos quiso.

«Prosiguieron su viaje. El Egipto está distante de la Judea diez y seis jornadas de buen camino. Cuando llegaron allí, por donde quiera que pasó la sagrada familia, cayeron derribados los falsos dioses; muchos egipcios llegaron á adorarla, y á los que les reconvenían por esto decían: «Nuestras deidades cayeron delante de éstos; ¿por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?»

Habiendo permanecido algun tiempo en Egipto, se presentó un ángel á José en sueños, mandándole regresar á Judea, donde Heródes había muerto miserablemente.»

Asawero acompañó con su presencia los sucesos de la vida de Cristo, complaciéndose bastante en los pormenores domésticos. Nosotros



pasamos por ellos más de prisa, para acercarnos á la pasión, en la cual al hebreo de buena fe, compadecido en Asawero opone la leyenda del hebreo obstinado y traidor, personificado en Júdas Iscariote.

«Os referiré de qué familia era Júdas. Su padre procedía de la raza de Rubén; era jardinero y comerciaba algo con la tierra y las plantas. Cuando su mujer estuvo embarazada de Júdas, soñó que paría un jóven con una corona en la mano, el cual arrojándola al suelo la pisaba; se acercaba luégo á su padre y lo mataba; iba al templo y rompía los ornamentos preciosos.»

«Despertándose sobresaltada, refirió el sueño á su marido, que fué por todas partes preguntando su significado, y al fin le dijeron que su mujer daría á luz un hijo que mataría á un rey y á su padre, y sería tan avaro, que no habría iniquidad que no cometiese por tener dinero.

«Disgustóse con esto el padre de Júdas, y para apartar tanta desgracia tomó la resolución de arrojar á su hijo al agua. En efecto, le llevó cuando tenía diez dias al Jordan, que desemboca en el Mar Mediterráneo (Mar Muerto); pero la canasta en que iba fué á parar á la isla de Candía, en ocasión en que se paseaba el rey con su esposa. El rey vió sobrenadar la cestilla y la hizo pescar, y encontrando en ella un hermoso niño, hízole criar, y lo llamó Júdas; porque en sus ropas se descubría que era judío.

«Se educó Júdas en compañía del hijo del rey, que era de un año más de edad que él. Siendo adultos, ya notaron que Júdas robaba dinero al otro, y en su consecuencia lo dijo el jóven rey á su padre, el cual, habiendo hecho las diligencias oportunas, encontró que llevaba aquél encima monedas, anillos y joyas de valor, que había quitado á la reina y al príncipe, por cuya causa lo hizo azotar y le dijo: «Tú no eres mi hijo aún cuando lleves el nombre de tal; eres un expósito, sacado de las aguas y educado por caridad.»

«Tal rabia concibió Júdas al saber que no era lo que pensaba, que resolvió vengarse, é imaginando que de todo tenía la culpa el prin-

cipe, espíó el lugar y la ocasión de hacerle el mal ideado. Habiendo ido á pasear juntos á un bosquecillo, le dió tal golpe en la cabeza, que lo mató, y huyendo por mar se salvó en Egipto, y se trasladó en seguida á Jerusalén, en donde entró al servicio de un gran señor, porque estaba circundado sin saberlo é instruido en la ley y en las costumbres de los hebreos.

«Al cabo de algun tiempo le envió su señor á comprar manzanas, y le indicó la casa que precisamente era la de su padre. Avido de hacer dinero, derribó la pared del jardín, y principió á coger fruta, en cuya operación lo sorprendió su padre y le dijo: «¿Por qué me robas mis manzanas?» y otras palabras de reconvencción, con lo que se enfureció Júdas, y le maltrató de tal suerte que lo dejó por muerto, y tomando las manzanas se marchó.

«Al día siguiente fué á quejarse su madre ante su amo, por lo cual fué entregado primeramente á la justicia, y se pronunció contra él la sentencia de que si moría el herido se casase con la viuda, así como se verificó. Se le llamó *Iscariote*, ó sea asesino, y vivió mucho tiempo con su madre.

«Pero una vez le observó aquélla mientras se acostaba dos dedos del pié unidos, por cuya razón se puso á gritar: «Oh Señor, veo que mi sueño era demasiado verdadero, y que se ha realizado, porque así precisamente tenía los dedos el niño que abandonamos.» Y cuanto más miraba á Júdas, más se aseguraba por su fisonomía de que era él, pues que tenía un lunar gris en la sien como su hijo, y así fué reconocido.

De esta manera la imaginación de los narradores iba á buscar en la tradición hebrea y en la gentil colores con que ennegrecer al mayor criminal. El traidor ejecutó su crimen; Cristo fué arrastrado al suplicio, y Asawero, gran partidario de los escribas y fariseos, corrió á verlo.

«Estaba yo á la puerta de mi casa cuando veo correr la gente repitiendo: «Crucifiquemos á Jesús.» Entónces levanté á mi hijo en los brazos para enseñárselo; y vemos llegar á Jesús vacilando bajo la pesada cruz. Se detuvo delante de mi puerta para descansar un instante,



pero avergonzándose de ello le dije ásperamente: «Anda, prosigue; anda, anda de mi puerta. No quiero que un malvado descanse en ella.»

»Jesús me miró con aire triste y respondió: «Yo ando y descansaré, tú andarás y no reposarás nunca; caminarás mientras el mundo sea mundo, y hasta el juicio del juicio. Anda, tú me verás sentado á la derecha de mi padre para juzgar á las doce tribus que me crucificaron.»

«Solté al niño y seguí á Jesús. La primera persona que ví fué á la Verónica, que vino á secar la cara á Jesús con un pañuelo, en el cual quedó aquel rostro impreso. Vi además á María y á otras mujeres llorando, y un artesano que llevaba clavos y martillo, y que tomando uno de aquéllos, lo acercó á la nariz de María, diciendo: «Mira, oh mujer, con éstos será clavado tu hijo.»

»Fuí con él hasta el monte. Allí tomaron la cruz y la colocaron en el suelo; despues abrieron en ella grandes agujeros, mientras otros criados del verdugo desnudaban á Jesús. Estando así desnudo delante de todos, algunos apartaron los ojos para no ver tan miserable espectáculo, y otros se reían y burlaban. Quitóse María el velo de la cabeza, y lo envió para cubrir la desnudez de Jesús.

»Fué crucificado, y colocada la cruz en el lugar precisamente en donde Adam había sido sepultado, y en donde estaban los árboles antedichos. Habiendo dicho Cristo algunas palabras, murió. Entónces se condensó el aire, y descargó una horrible tempestad; los muertos salieron de sus tumbas, las rocas se desgajaron, y se abrió la tierra al pié de la cruz. Llegó Longinos con una lanza, y traspasó el costado de Jesús, que estaba muerto; corriendo la sangre que salió de él por la hendidura al pié de la cruz, y bañando la cabeza de Adam y de Eva, que estaban allí sepultados y reducidos á polvo.»

Es una de las ideas más ingeniosas y seductoras de la Edad Media el hacer que muera Cristo en un madero producido por la semilla del árbol funesto á todo el género humano, y desarrollado en el polvo de sus primogénitos, y luégo hacer que se levante aquella cru-

sobre la tumba de éstos, y que la sangre divina corra hasta llegar á aquellas cenizas, como para regenerarlas.

Asawero tomó aliento mientras toda la sociedad expresaba su sentimiento, y en seguida prosiguió:

«Apénas hubo muerto Cristo, dirigí mis miradas á Jerusalem para verla todavía una vez, sintiéndome como impulsado á dejarla, y así principié mi viaje, no sabiendo adónde iba. Crucé altas montañas, y donde quiera que voy no puede detenerme. En este mismo instante, oh señores (decía haciendo profundas reverencias), me parece que estoy sobre carbones candentes; aunque estoy sentado, se mueven mis piernas, y siento gran impaciencia de caminar.

»Corrí, pues, á Levante, á Poniente, á Mediodía y á Septentrion. Habiendo dado la vuelta al mundo entero, volví á Judea; pero ya no encontré en ella ni parientes ni amigos, haciendo cien años que caminaba sin parar, de manera que me causaba un disgusto grave esta vida tan larga. Dejé, pues, luégo á Jerusalem, donde no había ya quien me conociese, con la intencion de buscar un peligro en que perder la vida, sintiéndome cansado de vivir tanto tiempo; pero por más esfuerzos que hiciera debía cumplirse la palabra de Dios. Combatí en muchas batallas, recibí más de dos mil golpes, sin que ninguno me hiriese, porque mi cuerpo es duro como una roca, y no hay arma alguna que pueda herirme. Me embarqué, y naufragué muchas veces; pero sobrenadé en el agua como una pluma. No me ocurre necesidad de comer ni de beber; no tengo enfermedades ni puedo morir. Ya he visto cuatro veces el mundo, y he presenciado en todas partes grandes cambios, tierras arruinadas y ciudades destruidas, cosas que sería demasiado pesado el referiros.»

Terminada su historia, se levantó el Judío errante para marcharse, por lo cual le rogó el obispo que permaneciese aún algun tiempo, y le ofreció dinero para hacer su viaje. El Judío errante respondió: «No lo necesito; puedo permanecer años y años sin beber ni comer, aunque esté formado como otro cualquiera. En cuanto al traje, zapatos y medias, no me ha-



cen falta, porque nunca se rompen.» Y haciendo una profunda inclinacion á la sociedad, se puso en marcha para el quinto viaje.

Tal es la leyenda popular, conocida de los doctos y del vulgo. Este indica en cien lugares las huellas del Judío errante, sus maldiciones y sus vaticinios; otro ve el fondo de una magnífica epopeya en este sér, delante del cual todo pasa sin que él mismo pase, solitario é impassible testimonio de tantas vicisitudes y de tantos padecimientos.

Otro campo y género nuevo de la literatura cristiana eran las vidas de tantos mártires y de los admirables solitarios. Tambien se habian escrito ántes biografías, pero siempre de personajes que figuraban en la historia; mientras que aquí encontraba la virtud humilde su patético y su revelacion, y la naturaleza humana vivia en la narracion de pequeños accidentes, expuestos para servir de ejemplo á los demas.

No hay que buscar en ellas cosas agradables al gran mundo, ni teorías filosóficas; sino la ingénuo narracion doméstica, en la cual si alguna vez se altera la historia positiva, se revela la historia moral con rasgos llenos de atractivo y de verdad. El mundo romano, fiado en su eternidad cuando estaba al borde del abismo, seguia su marcha y sus afanes; los poetas cantaban á sus dioses, sin notar que estaban heridos en el corazon; los filósofos disputaban sobre el crepúsculo, cuando ya se habia desplegado la pompa del dia; entré tanto el pueblo, de quien aquéllos no se cuidaban, hacia la historia segun su estilo, ora repitiendo las predicaciones del Apóstol, ora los tormentos del mártir, ya elogiando la castidad de la doncella, ya las abstinencias del ermitaño, con aquellas bellezas que son características de las narraciones populares.

De aquí provienen tantas leyendas como ejercitaron la piedad de los siglos creyentes y la crítica de los pensadores; pero en las cuales ninguno podrá ménos de reconocer una admirable sencillez, una creencia, alguna vez engañada, pero nunca engañadora, demasiado mal imitada por aquellos que despues las compusieron por ejercicio de escuela.

Pero á aquella piedad poco ilustrada que

mezclaba lo falso con lo verdadero, se agrega despues la malicia, cuando extendiéndose las herejías, cada secta quiso tener su evangelio, é introducir en él hechos ó palabras que favoreciesen sus errores; de tal manera, que la Iglesia tuvo que separar los verdaderos evangelios de los apócrifos.

Muy pronto fué traducido el Testamento en diferentes lenguas, porque las dos cultas no bastaban para un libro destinado á propagarse entre el pueblo, y ya se hace mencion desde el siglo II de las versiones siriaca, cofta y etiópica, además de la italiana. Respecto de éstas empleaban los comentadores la sutileza y el celo, tanto más cuanto que desde el principio suponian en la Escritura dos sentidos, uno literal y otro culto, hasta que San Ireneo enseñó que la interpretacion de los santos libros se debia conformar siempre con la tradicion.

Además de las exégesis, la literatura eclesiástica comprendia la apología, la controversia, la dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada. Ya hemos visto el vigor de los apologistas y de los controversistas, que dió á conocer que habia nacido algo nuevo entre las generaciones enervadas. La luz superior que proviene del Evangelio, unió en un sólo punto de vista y de accion la inteligencia artística y la sutileza filosófica de los griegos, con el conocimiento práctico de los hechos humanos propio de Roma, y con el profundo sentido profético de los hebreos; de manera que el espíritu literario y el esplendor de la elocuencia prestaron apoyo y claridad á la concision y á la autoridad de la palabra fundamental.

En el principio, sin embargo, atendieron á rebatir el error más bien que á declarar sistemáticamente la verdad, y no tenemos ninguna exposicion de la fe anterior á la de San Gregorio Taumaturgo: la catequesis de Cirilo, obispo de Jerusalem, superó á las anteriores.

Asimismo pensaron más en practicar y extender la moral que en establecer su edificio doctrinal, y Tertuliano fué el primero que escribió reglas de costumbres en relacion con el cristianismo, excediéndose, no obstante, en el rigor, en lo cual le imitaron Orígenes y otros Padres griegos, partidarios del misticismo orien-



tal. Todos, sin embargo, distinguieron los preceptos de los consejos, declarando obligatorios los primeros para todos los hombres, y dirigidos solamente los otros á los que aspiran á una perfeccion no comun.

Los doctores cristianos, no sólo se dirigian á las personas cultas en los escritos, sino tambien á la generalidad de los fieles en las pláticas que cada *profeta* pronunciaba en sus asambleas, institucion desconocida de los paganos, y una de las prerogativas más insignes del ministerio eclesiástico.

Dada la paz á la Iglesia, se pensó en escribir su historia, y los materiales que entonces se reunieron sirvieron para las que veremos compilarse en la edad siguiente.

La historia no confirma la opinion de los que pretenden que las bellas artes alcanzan mayor prosperidad en los tiempos de mayor libertad política. Roma republicana las cultivó con tan poca fortuna, que su vanidad no se indignaba de ceder la palma en este punto á los griegos: el lujo de los emperadores y de los ricos ofreció multiplicadas ocasiones á los artistas, sin que á pesar de esto se presentase ninguno insigne.

El panteon de Agripa es el monumento más notable de la arquitectura romana. Aun en vida de Augusto iba ésta corrompiéndose con mezclas extrañas, de lo cual es caprichoso testimonio el templo erigido á este emperador en Milaso de Caria, con columnas romanas en el frente, jónicas en los costados, y adornos de follaje en la base. Decayendo cada vez más el gusto, se prolongaron las columnas hasta un doble de lo prescrito, se introdujeron adornos extravagantes, se usó con profusion de colores brillantes, con los cuales cargaba Ludio las paredes de las casas de paisajes, vendimias y escenas campestres, uniéndoles caprichosos frisos arquitectónicos. Nos quedan ejemplos de esto en los baños de Tito y en muchas paredes de Pompeya. El gusto de los emperadores debió de perjudicar á las artes; Tiberio sólo se complacia con obscenidades; Calígula derribaba las cabezas de los dioses para poner en su lugar la suya, é hizo cortar de dos cuadros la cara de Júpiter para colocar la de Augusto.

Neron doraba las obras de Lisipo y sus palacios; sin embargo, se conservan una cabeza de él y otra de Popea, preciosísimas por el pensamiento y por el trabajo.

En tiempo de Tiberio los artistas tuvieron ocasion de ejercitarse en reedificar las catorce ciudades del Asia destruidas por el terremoto. Para adornar la Casa Áurea de Neron, se llevaron quinientas estatuas de bronce sólo del templo de Delfos (1), entre las cuales se hallaban quizá las famosas del Apolo de Belvedere y del Gladiador de Borghesi. Celer y Severo fueron arquitectos de aquella obra; Oton decretó en su breve reinado noventa millones de sextercios para continuarla, y Vespasiano devolvió despues al pueblo todos los terrenos ocupados por aquel palacio. Este emperador trajo muchas estatuas de Grecia y adornos de Jerusalem para el templo de la Paz. El Coliseo, construido quizá por los hebreos que llevó Tito esclavos, forma una elipse, cuya periferie interior comprende un espacio de doscientos treinta y nueve metros, con el muro exterior apoyado en ochenta arcos, que en cuatro órdenes sobrepuestos de arquitectura se elevan hasta la altura de cuarenta y nueve metros. Todo él era de mármol y estaba cubierto de estatuas; en el interior habia al rededor cuarenta filas de asientos, tambien de mármol, capaces de contener cerca de noventa mil espectadores; sesenta y cuatro puertas daban salida á la multitud; y los corredores y escaleras estaban dispuestos de manera que cada uno pudiese, segun su órden, llegar fácilmente á los sitios señalados. Un toldo protegía en caso de necesidad contra el sol ó contra la lluvia; los chorros de agua de fuentes refrescaban y con frecuencia perfumaban el aire; se llevaba tambien el agua á la arena en arroyos, imitando la delicia de los jardines, ó se vertía para las batallas navales, y debajo se abrian bastísimos subterráneos, que en nuestros dias se descubrieron, pero que se cerraron al instante para evitar las fétidas exhalaciones del agua estancada. Temiendo mil años despues Roberto Guiscardo que el Coliseo sirviese de ciudadela contra él, demolió la mi-

(1) Pausanias, X.



tad; el resto fué una cantera, de donde se trajeron piedras para edificios y torres, y especialmente para el palacio Farnesio, para el de Venecia y el de la cancillería; y sin embargo, aún deja atónito á quien contempla aquellas sublimes ruinas.

Domiciano llevó á cabo muchas obras dirigidas especialmente por Rabirio; pero sus arcos triunfales y otras bellezas fueron derribados por el pueblo en odio á su memoria.

La columna de Trajano, dórica, de cuarenta y cuatro metros de altura, tanto como el monte Quirinal, una parte del cual se habia explanado para formar el Foro, en donde se alzaba, consta de treinta y cuatro pedazos de roca de mármol blanco, unidos con barras de bronce, y tiene de diámetro tres metros sesenta y tres centímetros, y en el extremo un terrado con la estatua del emperador. Se sube allí por ciento ochenta y dos escalones en espiral, abiertos en la roca viva y alumbrados por cuarenta y tres ventanas, y la rodean veintitres espirales de un bajo-relieve, en el cual se han contado hasta dos mil quinientas figuras de dos piés de altura, que para que estén en perspectiva, van siendo mayores conforme se van elevando. Representan éstas las dos expediciones de Trajano contra los dacios, é ilustran las costumbres de Roma y de sus aliados y enemigos: obra maestra de composicion, que presenta á la vista las operaciones militares más importantes, como marchas, campamentos, batallas y ataques. En tanta multiplicidad y pequeñez, son muy variadas las fisonomías, y cada pueblo se distingue por su traje y armas particulares, además de la expresion de triunfo ó de derrota; véñese allí los ejércitos cruzar el Danubio con la fe en la victoria; á los dacios marcharse con sus hijos y sus bienes de los campos en que entran los nuevos colonos, y en otra parte humillarse los vencidos ante el emperador. El pedestal está cubierto de trofeos, águilas y otros adornos, y toda la obra es tan natural y acabada, que causó admiracion y sirvió de estudio á Rafael, á Julio Romano y á Polidoro de Caravaggio. En 1588 se sustituyó á la estatua del emperador la de San Pedro; dos años despues, desenterró Sixto V el pedestal; Napoleon hizo

demoler los edificios humildes que llenaban los alrededores, y los papas sucesivos restauraron la gran plaza.

Estaba ésta rodeada de obras insignes, entre las cuales se hallaba un arco de triunfo, y la basílica Ulpia, que servía para lecturas, paseos y administrar justicia. Constaba ésta de cinco naves, y estaba dividida por cuatro filas de columnas; el pavimento era de mármol pajizo y violado; las paredes estaban incrustadas de mármol blanco; era el entablamento de bronce, y habia al rededor estatuas de hombres ilustres. Se subía á él por cinco gradas de mármol pajizo antiguo, y en seguida se entraba por tres puertas, cada una de ellas con pórtico, dirigidas al Mediodía.

La construyó Apolodoro de Damasco, al cual se atribuyen tambien el arco de Ancona con la estatua ecuestre del emperador, y el famoso puente sobre el Danubio, de veintinueve arcos, de ciento setenta piés de ancho, y los pilares de ciento cincuenta piés de altura. No tuvo este ingeniero la prudencia de adular á Adriano, ó á lo ménos de no mofarse del purito que tenia de manifestarse artista, y le costó la vida.

A ejemplo de Trajano, las posesiones particulares y las ciudades se hermosearon con edificios: ya hemos hecho mencion de las espléndidas casas de campo de Plinio el Joven, el cual siendo procónsul en Bitinia hizo erigir ó restaurar baños, acueductos, cloacas, un magnífico teatro en Nicea, y un canal entre el lago de ésta y el mar. El arquitecto Cayo Julio Lucero construyó en Alcántara de España un templo elegantísimo, que todavía se conserva en pié, y sobre el Tajo un puente admirable de piedra á doscientos piés sobre la superficie del rio, de seiscientos setenta de largo, con seis arcos de ochenta y cuatro piés, y dos pilares de un espesor de veintiocho, todo de granito, de bases de cuatro piés de largo y dos de elevacion, tan bien unidas que el tiempo no pudo arrancar ninguna. A la cabeza del puente se elevaba un templete de veintitres piés de alto, de catorce de ancho, y con la fachada compuesta sencillamente de dos columnas y un pié derecho.